

Autor: Abilio Ayuso

MATILDA

Ilustrador Alejandro Ortigosa Quevedo



El mosquito vive feliz sin saber que llegará el invierno y acabará con sus ansias de sangre y su propia vida. Las personas simples viven su egoísmo sin comprender que gracias a la ley del karma tarde o temprano acabarán recibiendo todo el mal que hagan.

+16

Matilda era de joven una persona sencilla, que básicamente creía todo aquello que le decían sin pararse a cuestionarlo, eso no quiere decir que fuera muy buena persona, sino que era ingenua porque no daba más de sí.

Por eso en cuanto salió del protegido ambiente familiar y escolar del colegio religioso la vida le fue dando palos: Novios que le juraban amor eterno para dejarla tirada como un trapo a la primera de cambio, empresarios que se aprovechaban de su habilidad profesional por una miseria de sueldo... Etcétera, eso hizo que fuera acumulando un secreto rencor contra los hombres que acabaría pagando con quien menos lo merecía.

Arturo era el reverso de la medalla, persona dotada de una gran lógica y sentido común, no era un santo, pero casi, según el mismo reconocía: “No puedo ser un santo porque no consigo dejar de desear que las personas malvadas reciban su justo castigo”.

Poseía un espíritu elevado y una extraña característica, toda persona que le perjudicaba de forma malvada acababa mal parada en un breve espacio de tiempo, nunca supo si era su deseo que se materializaba o el destino que lo quería así.

Su infancia y juventud no fueron sencillas, cuando creyó haber encontrado el amor, la mujer de sus sueños desarrolló una grave psicopatía sólo dar a luz, que la convirtió de una chica dulce y cariñosa en un monstruo abominable.

Durante once años soportó la pesadilla y gracias al machismo de la época lo perdió todo en el divorcio, casa, hija, dinero. Quedó tocado pero entero y firme y entonces fue cuando por una extraña casualidad conoció a Matilda.

¿Que hizo que se emparejaran dos seres tan diferentes?, sólo Dios lo sabe, pero sucedió. Matilda estaba psicológicamente acabada, el primer día que mantuvieron una relación ella le confesó: “Si tú ahora también me fallas y me abandonas sólo me quedará ingresarme en el psiquiátrico”.

A lo que él respondió: “Antes te fallará la roca bajo tus pies que yo, para que algún día deje de quererte tendrás que esforzarte mucho”, Al decirlo nunca pensó que en realidad estaba profetizando.

Y comenzaron su andadura juntos, Arturo se dio cuenta de que la gran habilidad de su novia era su intuición culinaria, de cuatro restos podía hacer una comida apetitosa, o memorizar instantáneamente cualquier receta, aunque fuera exótica, y mejorarla.

Cuando ella se quedó sin trabajo Arturo le propuso pedir un crédito, alquilar un pequeño local y abrir un restaurantillo rústico, aunque en principio no ganara un céntimo podrían vivir con el sueldo que él percibía como asesor informático.

A pesar de todo la Tasca de Matilda triunfó, lenta pero imparablemente, pronto necesitaron un local mayor, contratar más gente, abrir una sucursal, y el dinero comenzó a fluir.

Dado que Matilda no tenía muy claro si dos más dos eran cuatro o veintidós, precisó que Arturo la llevara con muletas para que no se la comieran con patatas, apartándola de socios no recomendables y enseñándole un mínimo de economía y fiscalidad.

Respecto a este tema fue complicado hacerle comprender una serie de conceptos, aunque él lo intentaba explicándole: “Mira Matilda, sólo con que el negocio nos rinda un beneficio de mil euros diarios de promedio, aunque lo repartamos entre los dos tendremos que pagar a Hacienda casi la mitad de ese beneficio”.

“¿Porque tanto?”.

“Porque los impuestos están diseñados principalmente para que los paguen los obreros y las clases medias, pequeños empresarios como nosotros, mientras que los verdaderamente ricos tienen mil formas de escaparse”.

“Pero eso no es justo”.

“Claro que no lo és, para ganar eso tú te dejas la piel, yo tengo mi empleo y en los ratos libres he de llevar la administración de nuestro negocio, es la penalización del esfuerzo y la iniciativa, pienso que será más justo que paguemos una cuarta parte de los beneficios, que ya está bien”.

“¿Y qué podemos hacer?”.

“Tranquila, soy experto en eso y muchas cosas más, te diseñaré un programa informático que irá controlando el beneficio eliminando algunos ingresos que te paguen en efectivo, ese dinero lo guardaremos aparte en la caja fuerte de nuestra casa”.

“Vale, tendremos un dinero en efectivo, pero si algún día lo sacamos para comprarnos una casa nos dirán que de donde lo hemos obtenido”.

“Ahí está el truco, compraremos mediante un crédito una casa fea vieja y hecha polvo, pero grande y bien situada, pediremos licencia para reformarla y la dejaremos hecha un palacio a nuestra medida, los materiales de primera calidad los iremos adquiriendo aquí y allá en efectivo, lo mismo el mobiliario, antigüedades, Etc., los paletas estarán encantados de hacernos las facturas por la mitad de su coste real y que les paguemos el resto en metálico, con lo cual también ahorraremos el IVA”.

“Vale, pero cuando tengamos la casa acabada estaremos en las mismas”.

“Siempre has dicho que te encantaría tener una casita en el Pirineo, en una aldea cerca de pistas de esquí, pues haremos lo mismo otra vez, comprar un pajar de piedra o algo parecido e irlo rehabilitando hasta dejarlo hecho una bombonera, y mejor en el Pirineo francés, menos control, luego están los viajes”.

“¿Que viajes?”.

“Los que a ti te encanta realizar, si compramos billetes de ida y vuelta a Tailandia pagados en efectivo, aunque puedan controlar que hemos estado allí, ¿Quién sabe lo que hemos hecho, ir de mochileros o a hoteles de lujo?”.

“Parece una buena idea”.

“Lo es, siempre que no exageremos, nuestra miniempresa nos pagará unos sueldos decentes y no nos compraremos un cochazo de lujo que no necesitamos para nada sino uno de segunda mano que podemos arreglar y mantener como una joya pagando en billetes, y hasta un hermoso todo terreno a nombre de la empresa que nos sirva para ir a buscar las materias primas a los campesinos”.

“Pero no hace falta, nos lo traen todo”.

“¿Y quién lo sabe?”.

Aunque el plan era el cuento de la lechera, salió aún mejor de lo que estaba planeado, resultaron once años muy felices que para Arturo fueron la compensación de los que había pasado con el monstruo de su primera esposa.

Pero no hay dicha que cien años dure, tal vez el destino de Arturo era que sus mujeres sufrieran una metamorfosis al dar a luz, la de Matilda no fue una psicosis paranoide como la de la primera esposa, pero sí un cambio drástico.

A Matilda la depresión postparto le duró hasta el infinito, con lo cual se acabaron las relaciones amorosas, posteriormente él cometió un error grave cuando ella le pidió que dejara su trabajo externo para ocuparse únicamente del niño y la casa ya que no confiaba en nadie más que él.

Accedió porque era la opción más lógica, ella era el alma del negocio, necesitaba estar al pie del cañón sin horarios, mientras que él podía llevar la administración a cualquier hora en ratos libres.

Poco a poco el espíritu pacato de ella se fue tornando perverso, comenzó por acusarle de vivir a su costa, sin querer acordarse de que era ella quien le había pedido que se convirtiera en amo de casa y a pesar de que aún él como autónomo ganaba mucho más de lo que en su austeridad gastaba, también había olvidado por completo que si no fuera por él aún estaría trabajando de cocinera en cualquier restaurante.

Dicen que el ser agradecido es de bien nacido y Matilda no era ni una cosa ni otra, cuando el niño se acercó a los diez años pensó que no necesitaba para nada a su marido, y que podía quedarse los beneficios del negocio sólo para ella, de esa forma comenzó a utilizar lo que dificultosamente había aprendido a través de los años para escamotearle parte de los beneficios y acabó por hacerle un moving descarado sin pensar la muy insensata que era como la ola del mar que se estrella contra la roca de granito, una y otra vez le repetía la frase: “No te necesito para nada”.

Finalmente viendo la inutilidad de sus esfuerzos planteó el divorcio. En este caso Matilda se quedó con el negocio ya que era imposible que otra persona aparte de ella lo manejara, por fin se había librado de Arturo y toda ufana corrió a buscarse un amante musculoso.

Pero la ley del Karma no tardó en poner a cada uno en su sitio, una mujer que en más de cuarenta años no había contraído una sola enfermedad grave comenzó a padecerlas a razón de una por año que la dejaban imposibilitada durante meses, el amante musculoso se cansó, tal vez de tanta desdicha o de su carácter y la plantó.

Por su parte, a través de una de esas extrañas casualidades Arturo conoció en el mismo año de su divorcio una mujer del lejano oriente, un espíritu elevado como él que le aportó, paz, amor, le hizo plenamente feliz, lo cuidó y lo mimó hasta que murió de viejecito rodeado de sus hijos y nietos.

A pesar de ser diez años más joven, Matilda no consiguió sobrevivirle demasiado, al fallecer notó aterrorizada que estaba abandonando su feo y arrugado cuerpo para adentrarse en una zona gris donde la cruda realidad le cayó como un cubo de agua helada.

De repente supo todo aquello que durante su vida terrenal había olvidado y la voz le habló sin voz diciéndole: “Era tu primera vida como humana y has fracasado, deberás volver a tu estado anterior y repetir varios ciclos hasta que estés preparada”.

Ella veía la zona de la luz, donde los espíritus humanos se preparaban para su próxima reencarnación, pero por más esfuerzos que hiciera le era imposible llegar, su estado vibratorio no le permitía elevarse, un grito agónico escapó de su mente: “¿¿Alguien puede ayudarme?!”.

La voz sin voz le respondió: “Ya tuviste un espíritu superior para que te ayudara y lo desperdiciaste, pregúntale si quiere repetir la experiencia”.

Entonces lo vio, era Arturo meditando en una posición muy elevada, lo llamó desesperadamente y él la miró con sus ojos compasivos, “Por favor ayuda”.

Él descendió hasta donde Matilda se encontraba, aislado en una burbuja de luz, cuando lo tuvo enfrente le dijo angustiosamente: “Necesito que me ayudes, no quiero reencarnar como animal”.

Frente a ellos se abrió un espacio donde aparecieron unas imágenes tan claras como si los personajes se encontraran allí mismo, pudo contemplarse a sí misma diciéndole en tono altanero: “No te necesito para nada”.

No tuvo más remedio que verlo una y otra vez en cada circunstancia, tantas veces como lo había dicho, le parecía imposible la cantidad ingente de momentos en que había pronunciado la fatídica frase, cuando por fin acabó aquella tortura, él la miro dulcemente, le sonrió y le dijo: “No me necesitas para nada”.

De inmediato sintió un terrible vértigo y notó como caía hacia el mundo material, mientras en su mente se borraban todos los recuerdos anteriores pudo observar la familia de chimpancés que ya esperaban su nacimiento.

FIN...